

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Llevar las cargas y soltar las cargas

(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Llevar las cargas y soltar las cargas (14 días)

Día 1

Jer. 6:16; Mt. 11:28

Nuestro tiempo está marcado por muchas preguntas sin resolver. Esto concierne a toda la sociedad, hasta cada uno de los jóvenes, que no saben, si conseguirán un trabajo en la profesión que hoy estudian, en tres o cinco años. La inseguridad, el temor al futuro y el sentirse desamparados caracterizan hoy en día a muchas personas.

También en nuestra vida hay muchos aspectos, que se levantan ante nuestros ojos como una montaña, situaciones que nos inquietan, oprimen o nos asustan. Por eso nos ocuparemos en los próximos días con el tema: “llevar las cargas y soltar las cargas”.

Aplicación: Nuestra vida soporta solo una carga limitada, sin cansarse demasiado o quebrarse. Esto ningún otro lo sabe mejor que nuestro Señor Jesucristo. En Su Palabra una y otra vez toca este tema de las cargas. No lo hace de tal forma como si en la vida de los creyentes no existiesen las cargas. En algunos casos Él mismo pone cargas sobre nosotros. Pero Él no quiere que la pesada carga nos aplaste. No quiere tampoco que sus seguidores suspiren y gimán todo el tiempo. (Comp. Éx. 2:23-25; Sal. 55:1-5,16-18.)

Aunque Dios, por un lado pone cargas sobre nosotros, por el otro lado quiere que podamos vivir nuestros días sin ellas. Porque Él sabe hasta cuánto podemos resistir, y que no podemos cargar todas las cargas que hay en este mundo.

El consejo pastoral de David para nosotros es el siguiente: “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo” (Sal. 55:22).

¡Echa tu carga! Precisamente dice “tu carga”. Se refiere a mí con mi carga. Y no debo deshacerme de mi carga de cualquiera manera, sino entregársela a Él: “Señor Jesucristo, yo confío en ti, también con mi carga”.

Día 2

Mt. 6:31-34

En primer lugar nos preguntamos: ¿Cuáles cargas quiere Dios quitarnos de encima? 1. Cargas de preocupaciones. Las preocupaciones pueden ser una carga muy pesada. Hoy en día muchas personas se preocupan por mantener su lugar de trabajo, otras por sus obligaciones financieras.

Nosotros nos preocupamos muchas veces por personas que están viviendo con grandes aflicciones, pero muchas veces nos preocupamos por nosotros mismos. Nos inquietamos si nuestro tiempo y fuerza alcanzarán para todas nuestras tareas y exigencias. Pero una vida cargada de preocupaciones no es un buen testimonio para nuestro Dios todopoderoso y amante. Y sobre todo nuestras preocupaciones no tienen ningún valor. En forma provocativa preguntaba Jesús: “¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?” (Mt. 6:27).

No podemos añadir a nuestro día ni un minuto. Tampoco podemos expandir nuestra resistencia o elasticidad preocupándonos. Al contrario – las preocupaciones reducen la fuerza y el tiempo.

A la preocupada Marta en Betania dijo el Señor: “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria” (Lc. 10:41,42a). Es cierto, nosotros nos preocupamos e inquietamos por muchos aspectos. Las preocupaciones nos quitan el sueño, la tranquilidad y dañan nuestra salud.

Pero Jesús no solo habla de esa carga. Él nos quiere ayudar para que podamos soltar las preocupaciones, dejándoselas a Él. El apóstol Pedro nos exhorta: “... echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1.P. 5:7). Esto no es sólo un ofrecimiento general, estamos invitados a comunicarle al Señor todo lo que nos preocupa, hasta las cosas mínimas.

En una revista cristiana se podía leer un consejo: Hoy Dios se preocupará de todos tus problemas. Por favor recuerda, para eso Él no necesita tu ayuda. Si en tu vida te estás enfrentando con una situación imposible de superarla, no intentes de quererla resolver. Pon la cuestión en el archivo AQDR: asuntos que Dios resuelve.

Día 3

Éx. 1:8-14

2. *Cargas que pone el enemigo.* ¿Cómo ayudó Dios a los agobiados israelitas? Él quería sacar la carga a su pueblo, librándolo del gobierno de los egipcios. (Lea Éx. 6:6-8.)

Pero los israelitas estaban tan agobiados y desanimados por las duras tareas, que no podían captar ni entender lo que Dios les quería decir por medio de Moisés. No creían a Moisés. Ellos estaban completamente abatidos (Éx. 6:9).

Esa es la táctica del enemigo: hacer que estemos ocupados hasta el agotamiento y por eso desanimarnos totalmente. En situaciones así uno también tiene una percepción muy limitada de la situación. No era el trabajo normal de los israelitas en Egipto, que les quitaba las fuerzas, sino la dura esclavitud con el propósito de aplastar al pueblo de Dios. Los egipcios no querían que ellos pudieran vivir y trabajar tranquilos, bajo condiciones normales. El enemigo de nuestra alma no es mejor que éstos (comp. Jn. 8:44).

¿Cómo nos mantiene abajo? • Por pensamientos agobiantes de preocupaciones. Nosotros movemos nuestros afanes de un lado al otro. Suponemos que se acercan cosas graves, reflexionamos, ¿qué pasa, cuando ...? • Por una crítica que nos parece injusta. • Por conflictos sin resolver, que se refieren a nosotros o a otras personas. • Por diversas necesidades, frente a las que estamos impotentes, porque la persona no se deja ayudar. • Por los inconvenientes diarios, cuando no aprendemos a aceptarlos y soportarlos con Jesús. Mucha veces nos quejamos -en el corazón o con voz audible- demasiado rápido acerca de las situaciones adversas, en vez de preguntar a Dios, lo que Él nos quiere decir en este momento, o pedirle que Él nos dé la fuerza necesaria. (Lea 1.S. 23:2; 30:8; Sal. 105:4; Am. 5:4.)

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fil. 4:6).

Día 4

Éx. 3:10,11; 4:10-14

3. *Las cargas del servicio.* Moisés se sentía sobreexigido. Él percibía la tarea de ir al faraón como una carga gigantesca. Él temía no ser apto para este trabajo. ¿Qué pasaría, si ...? ¿Quién soy yo, que yo ...? Esto yo no puedo hacer ... No, ¡lo mejor sería buscar otro! ¿Conocemos esto también?

“Tú amas tu tarea. Pero para realizarla percibes que se juntan tantas preocupaciones y obligaciones y tienes temores y dudas respecto a tus capacidades y aptitudes, que la tarea se vuelve una pesada carga; que por eso caminas cabizbajo, antes de que comience el trabajo. Además continuamente te preocupas acerca de los logros, y esto también es una carga permanente” (H. W. Smith).

Moisés fue enviado por Dios a sacar al pueblo de la esclavitud, de la tremenda opresión. En el encuentro junto a la zarza ardiente, Dios se reveló con su singular nombre: “¡Yo soy el que soy!” Esto le ayudaba a aceptar la tarea. Moisés se atrevió hacer pasos valientes de la fe. Pues Dios quiso liberar a su pueblo de sus cargas pesadas. Él lo hizo con mano fuerte y de manera maravillosa.

En el Sal. 81:6 leemos acerca de esto: “Aparté su hombro de debajo de la carga; sus manos fueron descargadas de los cestos”.

También nosotros fuimos liberados de pesadas cargas. El Señor nos salvó del gobierno de Satanás por su muerte en la cruz. Por eso no debemos intimidarnos ni resignarnos. Nuestro Señor es superior que nuestros “capataces”, nuestros metepresas interiores, que nos quieren obligar a quedar debajo de las cargas. Él “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13).

Día 5

Nm. 11:11-17; Dt. 1:9,12-15

Cierto día Moisés llegó a un punto, que ya no daba más, todo era demasiado difícil para él. Él se quejó acerca de la carga que Dios había puesto sobre él con este pueblo. Moisés no tuvo ninguna duda de que a Dios se le pueden dejar las cargas. Por eso le comenta al Señor lo que le pesaba. Dios vio y escuchó a Moisés. Él lo conocía con todos los detalles y lo entendía. Dios no lo reprendió por eso, ni le exhortó tener que soportar. Tampoco le recomendó manejar mejor su tiempo o tener mas confianza. Tampoco le dijo: esto es tu problema, tienes que fijarte cómo arreglar eso. Dios no le dijo: debes trabajar menos. ¡No, Dios tomó a Moisés en serio! Él conocía que el liderazgo era una tarea exigente y que la responsabilidad gasta las fuerzas y nos cansa. (Comp. 2.Co. 11:28; Col. 2:1; 4:13.)

Dios vio lo que era necesario hacer y Él aliviaba a Moisés dándole colaboradores. El Señor le dio a él y a los setenta ancianos la capacidad de llevar juntos las cargas por medio de Su Espíritu: "... y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo". –

A veces Dios nos alivia la carga por medio de personas, a las que podamos delegar partes de la responsabilidad, o por personas que puedan ayudar a llevar las cargas por su oración y su fe. Dios reacciona y actúa, cuando le decimos con toda sinceridad: "¡yo ya no doy más!" –

A veces Dios también descarga el peso sobre nosotros corrigiéndonos en nuestra manera de pensar. Un líder de una iglesia escribió: "Me dí cuenta que utilicé mi alta estima de *servicio* para compensar mi escasa confianza en Dios. Mi confianza en Dios era sumamente pequeña. Mi llamado y mi servicio pesaban sobre mis hombros y yo debía controlar y observarlo todo. Hasta que nosotros no podamos decir: mi servicio es cuestión de Dios, realmente estamos programando los problemas" (J. Facius).

A veces Dios nos alivia las cargas cuando nos muestra nuevamente que realmente podemos poner nuestra confianza en Él y en Su buena Palabra. (Lea Pr. 3:5,6; Is. 26:3,4; Mt. 11:28.)

Día 6

Sal. 32:1-5

4. *La carga del pecado.* El pecado es una carga muy pesada. David oraba una vez: “Nada hay sano en mi carne, a causa de tu ira; ni hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado. Porque mis iniquidades se han agravado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí” (Sal. 38:3,4).

¿Conocemos el peso de la carga, cuando hay algo que se interpuso entre Jesús y nosotros, o entre nosotros y otra persona? Esta situación nos roba la fuerza, el gozo, y la esperanza. La pesada carga también nos quita la confianza para orar.

“Si yo encierro un solo pecado en mi alma, el cual el Espíritu Santo me hizo reconocer como tal, con eso he cerrado a Jesús el acceso a mi alma. Entonces ya se terminó para mí la oración, aunque esté tratando de tranquilizar mi alma, de que estoy expresando algo como si estuviera orando” (O. Hallesby).

El pecado inconfeso y no perdonado paraliza y nos hace apáticos. El pecado no sólo nos bloquea personalmente, sino también la comunión con los demás y la bendición de Dios. Pero Jesús “llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (1.P. 2:24).

El rey David traspasó la puerta abierta de la confesión: “por tanto, confesaré mi maldad, y me contristaré por mi pecado” (Sal. 38:18; comp. Sal. 65:3; Esd. 9:6; Neh. 1:6).

Yo confieso mi culpa, pido perdón; esto también puede significar: buscar ayuda pastoral y confesar mi pecado ante una persona de confianza. Así puedo experimentar alivio, liberación, paz y nuevo gozo. “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Mi. 7:18,19; lea Pr. 28:13; Is. 44:22; Lc. 15:17-24; 1.Jn. 1:9-2:2).

Día 7

Sal. 66:10-12

En segundo lugar nos preguntamos: ¿Cuáles cargas deja o pone Dios sobre nosotros? 1. Épocas de turbulencias especiales o pruebas pueden ser una carga muy pesada. Así lo sentía el orador del salmo 66. Pero nuestro párrafo no termina con el quiebre de los cargados, sino con el testimonio: “nos sacaste a abundancia”.

Con estas pocas palabras se percibe: Dios pone algunas cargas sobre nosotros. Las pruebas y turbulencias en nuestra vida no son casualidad ni golpes del destino. Nosotros, los humanos estamos bajo Su mano: tú hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza. Tú permitiste que en mi vida muchas cosas tenían que ser probadas, tú ... Es posible que Dios quiere que nosotros nos conozcamos mejor. (Comp. Dt. 8:2; Éx. 20:20; Pr. 17:3; 21:2.)

“Purificar” (Sal. 66:10) significa ver más claro lo que está en mi corazón y separarme de aquello que no me conviene ni le agrada a Dios. El propósito de Dios con nosotros es renovación, vivificación, fortalecimiento y creciente agradecimiento por su buen cuidado: tú, Señor, no me abandonaste. Me has sacado del problema, me diste amplitud, para que pudiera respirar libremente.

2. La vida diaria significa una carga. Esto se expresa en la parábola de los jornaleros en la viña: “... hemos soportado la carga y el calor del día” (Mt. 20:12). Sin dudas, respecto al trabajo es lógico que soportemos la carga y el calor del día. Es normal que las tareas nos exijan, que nos cansemos, que sintamos hambre y sed. Debemos tener cuidado con una imagen poco realista de las exigencias, como si pudiéramos tener siempre sentimientos de vacaciones.

Ni Moisés, ni Pablo vivían en esa ilusión. Al contrario, Pablo y Bernabé dijeron a las iglesias en Asia Menor: “... es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22).

Día 8

Éx. 28:1-4

3. *Personas encomendadas.* El Señor también encomienda o confía personas sobre nuestro corazón, cuyos nombres debamos llevar delante de Él.

Un ejemplo acerca de esta tarea encontramos en la vestimenta del sumo sacerdote Aarón. Él llevaba una túnica blanca y fina, cubierta de un manto de color azul, púrpura y carmesí. Sobre esto se puso la parte más importante, llamada *el Efod*. Era un traje talar de una parte delantera y la otra trasera, unidas con cordones sobre los hombros. Sobre el efod se puso un cinto de los mismos colores. Sobre cada hombro estaban las dos hombreras con una piedra preciosa. Sobre cada una estaban grabados los nombres de seis tribus de Israel: "... las dos piedras sobre las hombreras del efod, para piedras memoriales a los hijos de Israel; y Aarón llevará los nombres de ellos delante de Jehová sobre sus dos hombros por memorial" (Éx. 28:12).

De las hombreras se fijaba con cordones trenzadas de oro fino el *pectoral* del juicio. Era labrado de la misma obra del efod, de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido. Era cuadrado y doble y llenado de pedrería en cuatro hileras de piedras. Cada piedra preciosa llevaba el nombre de una tribu del pueblo. Así "llevará Aarón los nombres de los hijos de Israel en el pectoral del juicio sobre su corazón, cuando entre en el santuario, por memorial delante de Jehová continuamente" (Éx. 28:29).

El sumo sacerdote Aarón llevaba figurativamente al pueblo como comunidad sobre sus hombros y sobre su corazón llevaba cada una de las tribus delante de Dios.

De igual manera lo hace Jesucristo, nuestro sumo sacerdote celestial, con nosotros. Él nos lleva en conjunto: su iglesia de todo el mundo y nuestra comunidad local. Pero además también es nuestro sumo sacerdote particular, que conoce nuestro nombre y lo lleva delante del Padre. De Jesús podemos aprender a llevar la *carga de oración*.

¡Tomémonos tiempo, para llevar en oración delante de Dios a nuestra iglesia y algunas personas en particular!

Día 9

Éx. 28:12-21,28-30

Como sumo sacerdote Aarón llevaba los nombres de las doce tribus sobre su corazón. Si nosotros llevamos nombres delante de Dios, debe ser con un corazón sacerdotal. ¡Qué regalo: Jesús nos hizo sacerdotes (Ap. 1:6)! La persona con un corazón sacerdotal, habla más con Dios acerca de los problemas que con otras personas. Ella tiene un corazón que comparte los sentimientos y los relaciona con el Señor.

Como Aarón podemos llevar los nombres de personas, para que el Señor piense en ellas, las bendiga, las conduzca y fortalezca en la fe. ¡Qué tremenda importancia tienen nuestras oraciones!

Parte de la vestimenta del sumo sacerdote era el cuadrado y doble *pectoral*, que se ponía sobre el efod. “Y pondrás en el pectoral del juicio Urim y Tumim, para que estén sobre el corazón de Aarón cuando entre delante de Jehová; y llevará siempre Aarón el juicio de los hijos de Israel sobre su corazón delante de Jehová” (v.30). La naturaleza precisa de Urim y Tumim, que significan “luces y perfecciones” no se conoce, si eran piedras o palos. Pero sí, conocemos su función.

Si alguien tenía que tomar una decisión importante, se acercaba al sumo sacerdote, para pedir mediante Urim y Tumim la voluntad de Dios. Nosotros no los tenemos, pero tenemos la Biblia, que podemos leer con oración, y podemos llevar sobre nuestro corazón aquello que se debe decidir. Las cuestiones no aclaradas podemos transformarlas en oración y como “sacerdotes” acercarnos a nuestro sumo sacerdote celestial (1.P. 2:5; He. 4:14-16). Con toda seguridad Él sabe lo que es lo correcto y nos quiere guiar (lea Sal. 43:3; Is. 57:18; 58:11; Ro. 8:14).

“¡Vamos, vamos, despide tus dolores y tus preocupaciones, déjalos, deja todo lo que enturbia y entristece tu corazón! Tú no eres regente, que lleva todo adelante, Dios está sobre el trono y hace todo bien” (P. Gerhardt).

Día 10

Gá. 6:2; 1.Ts. 5:14; Ap. 2:3

4. *La carga del otro.* “Sobrellevad los unos las cargas de los otros”; - ¿cómo hacerlo en la práctica? Llevar la carga del otro puede significar: yo acepto una y otra vez esto, lo que me resulta como pesada carga de mi prójimo, esa manera de ser diferente. A menudo Dios nos exige todo tipo de cosas, y nosotros preferiríamos cambiar tales cargas, evitar al otro o desear otro lugar de trabajo para nosotros. Pero el Señor nos pone la carga del otro, y ¡con cierta razón!

Justamente la otra persona con su manera de ser distinta, me debe ayudar, según el plan de Dios, a reconocermelo a mí mismo en mis reacciones. Este es el camino para crecer y para madurar. Probablemente no hay otro camino mejor en el que podamos tener nuevas experiencias con nuestro Señor Jesucristo y su poder liberador. La otra persona a mi lado es un desafío para el nuevo hombre en mí.

Lamentablemente la mayoría de las veces reacciona primero nuestro viejo hombre. Nos justificamos muchas veces: ¡si ella no fuere así! ¡Si él fuese distinto ...! Yo en realidad no soy así.

Es muy importante aceptar, que Dios por medio del otro nos pone esa carga, que nos ayudará a experimentar la libertad del nuevo hombre. Entonces experimentaremos una visión completamente nueva de la realidad.

Yo no debo cambiar al otro o limitarlo o evitarlo, sino el otro en su manera de ser (a veces insoportable), permitirá que yo pueda tener nuevas experiencias con Jesús.

Pablo escribió en Ro. 14:1 y 15:1: “... los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles”, del hermano o de la hermana, y no ponernos encima del otro, rechazarlo, dejarlo de lado, juzgarlo, sino *soportarlo*.

Día 11

Hch. 9:15,16; Gá. 1:11-13,15,16a

5. *Llevar la cruz.* Cuando Jesús hizo de Saulo, (el perseguidor de los cristianos), una nueva persona, dijo el Señor: "... instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre". La carga del pecado, Jesús se la había quitado y al liberado Pablo le había confiado una nueva e importante tarea (1.Ti. 1:12-14).

También nosotros podemos llevar el nombre de Jesús en nuestro corazón y moverlo en nuestros pensamientos llevándolo también a los hombres en nuestro entorno. Para eso son llamados todos aquellos que siguen a Jesús. "El nombre de Jesús no es llevado por el viento, sino por hombres" (H. Taylor). "... somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogáse por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios" (2.Co. 5:20).

Este servicio también lleva al sufrimiento. "Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí" (Mt. 10:38,39). Estas son palabras claras y comprometedoras. ¿Cuál es nuestra cruz? "Cada uno tiene que llevar su propia cruz, es decir, cuando la voluntad de Dios se cruza con la propia voluntad. Esta cruz que Dios nos pone, debemos llevar. Uno no se puede sacudir para librarse de ella, o ir por otro camino. No podemos seguir a Jesús sin llevar nuestra cruz" (F. B. Meyer).

Si nuestra cruz nos parece demasiado pesada para llevarla, debemos mirar al hombre en la cruz y aferrarnos a la fe de que Él llevó la mayor carga, nuestro pecado, y lo quitó de nosotros, y que "nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro. 6:6; lea Ro. 6:8-13).

Día 12

Nm. 4:21-33

Nos preguntamos en tercer lugar: ¿Cómo nos ayuda Dios respecto a nuestras cargas? 1. Dios no exige demasiado, cuando pone cargas sobre una vida: Él cuida nuestra capacidad de carga. En la trayectoria a través del desierto había que llevar la carpa de reunión, el tabernáculo. Esa tarea la debían cumplir los levitas. Con el privilegio de poder vivir junto al tabernáculo, se unía el servicio en el santuario con la tarea de llevarlo al cambiar el lugar de estadía. Era un privilegio, que Dios les confiaba de llevar esa carga. El Señor dio a cada uno su servicio y su carga según su capacidad. Dios nos confía muchas cosas, cada uno según su capacidad y edad. Nadie debería sentirse abrumado. (Lea Sal. 68:19; Dt. 33:25.)

En Nm. 7:1-9 leemos que Dios dio para el servicio de los hijos de Gersón y de los hijos de Merari carros con bueyes. Pero a los hijos de Coat no, porque ellos “llevaban sobre sí en los hombros” las cargas del santuario (v.9). ¿Los coatitas habrán tenido un problema con esto? ¿Puede ser que estaban tentados de mirar a sus hermanos, a los cuales Dios les dio algo que a ellos no se lo permitió?

A veces estamos tentados de comparar nuestra carga con la de los demás. Quizás pensamos: el otro tiene mejor equipamiento, asignación, preparación. Con estas comparaciones nos olvidamos que el Señor entrega a cada uno su carga según su capacidad. Y que aquellos, que tienen “los carros”, llevan las cargas más pesadas.

Además debemos pensar: Los coatitas llevaban los utensilios que estaban dentro del santuario que anteriormente fueron envueltos con telas especiales por los sacerdotes (Nm. 4:1ss). Entonces los coatitas eran responsables por cargas muy especiales.

Hay cargas, que no se pueden cambiar o delegar a otro. Algunas cargas debemos llevar en lo secreto y en silencio.

Día 13

Hch. 15:1,2,6-12,22-27

La joven iglesia de los gentiles, de la que leemos en los hechos de los apóstoles, estaba en peligro de que se le ponía una carga, que no podía, ni debía llevarla (v.10). Esto reconocieron los responsables en Jerusalén y pensaron que era importante ocuparse de estas cargas pesadas. Ellos pidieron la guía del Espíritu Santo y escribieron en una carta: “porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis. ¡Pasadlo bien!” (v.28,29). ¡El Espíritu Santo no pone una carga innecesaria!

2. *Dios nos lleva junto con nuestra carga.* Ya en el Antiguo Testamento se lee que Dios es un Dios que lleva cargas. Él lleva a sus hijos como un padre alza a su hijo. “Jehová vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, él peleará por vosotros, conforme a todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto delante de vuestros ojos. Y en el desierto has visto que Jehová tu Dios te ha traído, como trae el hombre a su hijo, por todo el camino que habéis andado, hasta llegar a este lugar” (Dt. 1:30,31).

Una comparación de diferentes traducciones del Sal. 68:19 puede ser de mucho beneficio: “Bendito el Señor; cada día nos colma de beneficios el Dios de nuestra salvación”. La traducción NVI dice: “Bendito sea el Señor, nuestro Dios y Salvador, que día tras día sobrelleva nuestras cargas”. Otra traducción expresa: “Bendito sea el Señor, él lleva la carga por nosotros, Dios es nuestra salvación”.

¿Cuáles puntos importantes dejan ver las diferentes traducciones?

Día 14

Sal. 55:22; 1.P. 5:6,7

3. *Dios quita las cargas de nosotros.* “¡Echemos todas las cargas, no importa cuántas sean y cuánto pesen, sobre nuestro todopoderoso, omnisciente y amoroso Padre. Para Él son livianas como plumas” (H. Taylor). Dios nos exhorta una y otra vez que dejemos nuestras cargas, que las entreguemos a Él. Tanto las cargas que no debemos llevar, como también aquellas que Él nos ha puesto. Todo, lo que para nosotros es demasiado pesado podemos y debemos soltar y poner ante Él. Él mismo se hará cargo de las cosas. Nunca abandonará a aquellos que confían en Él.

También el autor de la carta a los hebreos nos aconseja: “... despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (He. 12:1,2).

Para despojarnos de nuestras cargas necesitamos tranquilidad y tiempo. Invertir ese tiempo tiene mucho valor. A veces hará falta que nos animemos a interrumpir nuestro trabajo para presentar ante Dios cada una de nuestras cargas en particular. ¡Ya que tenemos audiencia con el “Señor de señores y Rey de reyes”!

Jesús mismo nos invita llegar a Él *ahora* con nuestras cargas y fatigas. Él nos quiere dar descanso. Él nos alienta y nos exhorta que aprendamos de Él y aceptemos “su yugo”. Así “hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:29,30).

“Señor, porque tu mano fuerte me sostiene, confío tranquilamente. Porque tú te acercaste a mí lleno de amor, confío tranquilamente. Tú me fortaleces, me das ánimo resuelto, te alabo; tu voluntad, Señor, es buena” (H. Winkel).